



Mercado de Abastos de Guadix. Granada

Irina

Lourdes Borrás Reyes

Era tarde, pero aquella noche Irina no podía dormir. Un sinfín de preocupaciones la mantenían despierta, dando vueltas en la cama a un ritmo frenético.

Decidió levantarse para prepararse una tila. Miró el reloj, las tres y cuarto. En menos de cinco horas sonaría el despertador. Se tomó la tila despacio, sin prisas, repasando mentalmente el contenido de su maleta. Lo había hecho ya varias veces aquella noche, pero no quedaba satisfecha, tenía la sensación de que olvidaba algo importante.

Miró el teléfono y volvió la tentación. Contuvo la respiración y recordó una sentencia de Oscar Wilde: “La única forma de acabar con la tentación es caer en ella”. Sonrió ante tal pensamiento. No eran horas de caer en tentaciones...

Decidió volver a la cama con la esperanza de conciliar por fin el sueño. Tras unos minutos, y gracias a la tila, lo consiguió. El despertador la arrancó de un dulce sueño que se esfumó al instante, sin dejar tan siquiera su recuerdo. Irina se dio media vuelta en la cama intentando recuperarlo, pero fue inútil, y tras un par de minutos se despezó y salió de la cama.

A las nueve ya se encontraba en Atocha, esperando su tren. Seis horas de camino tenía por delante. Seis horas que la separaban de su destino.

El sonido de su móvil la devolvió a la realidad. Revolvió en el bolso durante unos segundos, y se llevó el aparato al oído. No había reconocido el número.

—¿Sí? —preguntó al descolgar.

Oyó una persona respirando al otro lado de la línea, pero que no articulaba palabra.

—¿Sí? —repitió.

No obtuvo respuesta, y tras unos segundos, se cortó la comunicación.

La joven volvió a meter el móvil en el bolso. “Cobarde...”, musitó.

El tren entraba por la vía en ese momento. Irina cogió su maleta. En cuanto el tren paró, entró y buscó su asiento. Cuando lo hubo encontrado, guardó la maleta y se sentó. Miró por la ventanilla y sonrió levemente. Qué extraña era la vida en ocasiones...

Cuando el tren arrancó, Irina cerró los ojos y, tras unos minutos, se quedó profundamente dormida.

Despertó agarrotada. El vagón permanecía en silencio. Algunos pasajeros dormían, otros leían, y los menos veían la película que se había puesto en los televisores.

Irina sacó de su bolso un pequeño batido y comenzó a beber mientras disfrutaba del paisaje. Tenía ganas de llegar e inundarse, nada más bajar del tren, de miles de recuerdos de infancia.

El tren fue disminuyendo su velocidad poco a poco. La parada de Irina había llegado. El corazón le latía deprisa. Estaba nerviosa, hacía años que no pisaba aquellas tierras granadinas.

Cuando se encontró en la estación, inspiró profundamente. Miró a su alrededor y se encontró de frente con un cartel que rezaba "bienvenido a Guadix". Irina sonrió. Sí, estaba segura, ella allí siempre había sido bienvenida.

De camino hacia la casa de sus abuelos pasó por el mercado de abastos, y decidió parar allí a comprar algo de fruta. El olor a melocotón que desprendía una de las tiendas del mercado era irresistible y, por tanto, casi imposible no caer en la tentación.

Llegó a casa de sus abuelos cargada de melocotones. Éstos la

recibieron con alborozo, hacía mucho que no veían a su nieta. Pero se les veía algo preocupados, quizá porque intuían que aquello más que unas vacaciones era una huida para su nieta. La tarde transcurrió tranquila. Irina había desconectado su teléfono y parecía más animada tras la larga charla con sus abuelos. Sus preocupaciones parecían disiparse o, al menos, le habían dado una tregua en aquellas horas.

La joven preparó aquella noche la cena y se acostó temprano. Estaba feliz. Sabía que aquel cambio de aires le sentaría bien. A la mañana siguiente, volvió al mercado de abastos con su abuela para hacer la compra. Su abuela parecía conocer a todos los tenderos del mercado. La compra se alargó debido a esto, pues en cada puesto tenían un rato de charla asegurado. Irina disfrutaba de aquello. Desconectar del frenesí de la gran ciudad era muy placentero y reparador.

Pasaron varios días cubiertos por la tranquila rutina que lo inundaba todo. Largos paseos, comidas copiosas, tardes de sofá y tele... Aquel no hacer nada y a la vez hacerlo todo le había devuelto a Irina la sonrisa.

—Coge el teléfono, niña, que estoy en la pila —dijo Matilde, la abuela de Irina, mientras el teléfono sonaba.

La joven obedeció y se acercó al teléfono.

—¿Sí? —contestó.

—Hola —le respondió una voz masculina al otro lado de la línea.

Irina colgó súbitamente mientras su rostro palidecía.

—¿Quién es? —se interesó Matilde.

—Nadie abuela, se han equivocado...



Tenía la sensación de que ni siquiera podía mantenerse en pie. No podía ser..., la había encontrado. Se sentó en el sofá y respiró profundamente. Le temblaba todo el cuerpo. No tenía por qué preocuparse, estaba en un sitio seguro, no se atrevería a ir hasta allí. Irina miró el teléfono desde lejos con aprensión. No, esa pesadilla tenía que acabar. Kilómetros de por medio debían bastar... Aquello no podía volver a empezar.

Fermín, el abuelo de Irina, entró en el salón y se fijó en el rostro descompuesto de su nieta.

—¿Estás bien, hija? —preguntó.

—Sí, abuelo, estoy bien —contestó la joven intentando forzar una sonrisa.

—Pero es que..., tienes muy mala cara..., ¿de verdad que...?

—De verdad, estoy perfectamente —zanjó Irina la conversación mientras se levantaba ya más repuesta. Besó a su abuelo en la mejilla y salió del salón en dirección a su cuarto.

Una vez allí hurgó en su maleta y sacó el móvil. Lo encendió.

Un mensaje llegó indicándole las llamadas que había recibido aquellos días. Eran muchas, pero no fue algo que le sorprendiera.

Inspiró profundamente mientras buscaba un número en la agenda y pulsaba el botón de llamada.

—¿Irina? —contestó una voz al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo. Necesito hablar contigo. Ha pasado algo que debes saber.

—¿Estás bien?

Irina soltó una especie de risita socarrona.

—¿Desde cuándo te importa a ti cómo estoy? —el hombre pareció querer replicar, pero Irina le cortó—. Samuel me acaba de llamar a la casa en la que estoy ahora. Con lo cual, sabe dónde estoy y es posible que venga hasta aquí.

—¿Cómo? Pero, ¿dónde estás? ¿Y para qué querría ir a buscarte?

La joven resopló, con cierto cansancio. A veces se planteaba qué había visto en aquel hombre.

—Aún le debo dinero, Marcos. E imagino que querrá cobrarlo.

—¿Y qué puedo hacer yo? —replicó el muchacho con un nudo en la garganta—. Sabes que yo estoy tan jodido como tú...

—No quiero que hagas nada, simplemente quería que lo supieras para que te andaras con cuidado a partir de ahora.

—Gracias... Yo he..., he querido llamarte muchas veces, para que habláramos y...

—Ese tema que pretendes sacar, Marcos, está más que cerrado. Sólo te he llamado para prevenirte, nada más. Y seguramente ésta sea la última vez que hablemos. Espero que te vaya todo bien... Adiós.

Irina colgó sin esperar la respuesta de su interlocutor. Aún estaba pálida, pero con un gesto de decisión en el rostro que hacía mucho tiempo que no tenía. Desde ese momento ella iba a ser la única con poder para controlar su vida.

Guardó el móvil y notó cómo las manos le temblaban. Se las sujetó. Tenía que aprender a controlar aquel temblor. Inspiró profundamente. Quería una nueva vida, y la iba a conseguir. Al día siguiente salió temprano a la calle. Caminó durante





unos minutos, hasta que se paró en un portal de la avenida principal del pueblo. Llamó al portero automático.

—¿Quién es? —contestó una voz de hombre.

—Hola Víctor, soy Irina...

—¿Irina? ¿Estás aquí? Sube, por favor...

—Claro... —contestó ella tímidamente.

Se abrió la puerta e Irina entró. Tomó aire y se dirigió a la puerta de la casa. Allí el joven la esperaba sonriente.

—Qué alegría volver a verte... —dijo el joven al verla.

Por toda respuesta Irina se acercó a él y le besó en los labios.

El beso se alargó durante varios segundos. Al término de éste, el muchacho la miró intensamente. Sonrió, y la correspondió con un nuevo beso. La condujo entre sus brazos hacia la casa, cerrando la puerta tras de sí.

El sol entraba por la ventana iluminando toda la habitación.

Irina se dio media vuelta en la cama y cerró los ojos. Víctor descansaba a su lado fumando lentamente un cigarrillo.

—¿Cuándo te vas? —rompió el silencio el muchacho.

—¿Acabamos de volver a vernos y ya estás pensando en mi marcha? —preguntó Irina volviéndose para mirarle, mientras sonreía afablemente.

—Ya que tiendes a desaparecer de repente de mi vida, esta vez quiero estar preparado —respondió él con gesto serio.

La joven le miró con tristeza.

—Pronto, me iré pronto —le respondió, dándose media vuelta de nuevo.

Víctor no replicó. Observó la espalda de la chica mientras terminaba su cigarro. Él lo sabía perfectamente, Irina era como arena entre los dedos, imposible de retener. Nada podía hacer él contra eso.

Pasadas unas horas Irina llegó a su casa. Sus abuelos la esperaban ya sentados a la mesa.

—La comida ya está lista, voy a servirla. Estábamos esperándote —dijo su abuela mientras se levantaba.

Irina asintió mientras se sentaba junto a su abuelo. Ambos se miraron y ella le sonrió dulcemente mientras le acariciaba la mejilla. Estaba muy a gusto allí, la partida iba a ser muy dura. Dura, pero necesaria.

Ya entrada la tarde, decidió volver a salir. Hacía buen día y quería disfrutarlo. Además, el temblor se le había agudizado y estaba nerviosa. No quería que sus abuelos la vieran en aquel estado, así que salió a dar un paseo.

Dos calles más abajo le vio. Estaba apoyado en una pared y parecía esperarla. Irina supo que no servía de nada seguir alargando aquel momento, así que se dirigió hacia él.

—Hola guapa, creí que te había tragado la tierra —dijo el hombre sonriendo de forma exagerada.

—Ya ves que no, ¿a qué has venido? —contestó ella muy seria.

—A por lo que es mío, nada más.
 —Ahora me es imposible dártelo todo, quizá la mitad... —Irina parecía derrotarse por momentos.
 —Bueno, ya sabes que tú y yo siempre nos hemos arreglado bien... Puedes darme la mitad en efectivo y el resto pagármelo como otras veces —dijo mientras intentaba atraerla hacia sí.
 —No, ya no. Te lo pagaré todo en efectivo..., pero necesito tiempo.
 —Nunca habías tenido problemas en usar otras formas de pago, ¿qué te pasa? ¿Estás enfadada conmigo, gatita? —el muchacho parecía divertirse.
 —Las cosas han cambiado. Te lo pagaré todo, y después no nos volveremos a ver más —poco a poco Irina había ido ganando confianza.
 Él rio con ganas.
 —¿A quién quieres engañar, muñeca? ¿Acaso no has visto cómo estás? Mira tus manos... Dudo que tú y yo dejemos de vernos... Mira, voy a ser muy generoso contigo, ya sabes que siento predilección por ti —intentó rozarle la mejilla, pero ella se apartó—. Tú me pagas la mitad ahora, nos vamos tú y yo un ratito a mi hotel..., y te doy un poco, para que pases estos días y te deje de temblar todo, que te afea mucho...
 —No, no voy a ir a ningún sitio contigo y no quiero que me des nada. Lo he dejado. Lo único que me vincula a ti es mi deuda. Una vez saldada, tú y yo no volveremos a vernos jamás, ¿lo entiendes?

Él se echó a reír mientras ella se daba media vuelta.
 —Tú no sabes con quién estás tratando..., así que no te pases de lista. Mañana quiero verte aquí con el dinero, todo el dinero, o si no... vas a ver mi lado menos amable —tras decir esto dio media vuelta y se marchó.
 Irina se apoyó en una pared. Estaba aterrada, no sabía qué hacer. Respiró hondo y cerró los ojos. Sabía de lo que Samuel era capaz. Pero no quería volver a caer en la salida fácil. Estaba rehaciendo su vida, no podía permitírselo. Sería fuerte y encontraría otra solución, se repetía una y otra vez. Era la primera prueba que debía superar, y lo iba a hacer. Al día siguiente se dirigió al banco y sacó tres mil euros, todo lo que tenía en la cuenta. Volvió a casa de sus abuelos y guardó el dinero. Aún le faltaban otros tres mil, pero creía haber encontrado una solución que, aunque no le agradaba, era su último recurso.
 Salió de nuevo a la calle y volvió al mismo portal del día anterior. Tras llamar, subió y vio cómo Víctor la esperaba en el quicio de su puerta. Le abrazó. Le hacían falta sus caricias, sus mimos. Irina había elegido aquel hombre como su refugio.
 —Tengo que irme, me están esperando —rompió el silencio Irina.
 —¿Y vas a decirme antes de irte qué es lo que te preocupa? —preguntó Víctor mirándola mientras ella se vestía.
 La muchacha se volvió y le miró fijamente, buscando las palabras:
 —Necesito dinero —dijo.
 —¿Cuánto? —preguntó él.
 —Tres mil euros.
 El joven abrió un cajón y sacó de él una chequera. Escribió la cantidad y su firma en un cheque, lo arrancó y se lo tendió a Irina. Ésta lo cogió.
 —Te lo devolveré.
 Él sonrió condescendiente. Se miraron unos segundos y ella le acarició la mejilla.
 —Me caso dentro de tres meses —confesó Víctor con voz firme—. Y sé que voy a ser muy feliz.
 Irina le miró durante unos instantes muy sorprendida, pero finalmente sonrió.
 —Yo también lo sé —dijo, mientras se acercaba a él para besarle. Tras el beso ambos se miraron por última vez y ella se levantó dirigiéndose a la puerta.
 —A partir de ahora, ya sólo existirás para mí en mi recuerdo —se despidió el joven.
 —He sido muy afortunada por haberte conocido —le dijo Irina antes de marcharse.
 Salió a la calle y una suave brisa la acarició. Le resultaba muy



difícil en ocasiones pasar página, había cosas del pasado que eran demasiado hermosas para querer dejarlas atrás.

Había mucha gente por la calle, sumergidos en el trajín de lo cotidiano, sin demasiado tiempo para percatarse de cómo la vida se iba desarrollando a su alrededor. Irina los observó tranquila. En el fondo no era tan triste la rutina.

La joven llegó al lugar de la cita, con los seis mil euros en el bolsillo. Estaba nerviosa, pero tenía ganas de acabar con aquello de una vez. Samuel ya la esperaba, y ella se acercó hacia él intentando parecer tranquila.

—Creí que no vendrías —comenzó él a hablar.

—Toma, tu dinero. Aquí está todo —él lo cogió y se puso a contarlo—. Mi deuda está saldada, no quiero volver a verte. Adiós.

Cuando se daba media vuelta, él la agarró del brazo.

—Tengo una mercancía excelente que ahora mismo te quitaría esos temblores y te dejaría como nueva, ¿por qué te resistes? ¿No te das cuenta de la lucha estúpida que estás manteniendo sin ningún sentido? Sabes que tomándola vas a sentirte mucho mejor...

Irina le miró. Sí, tenía razón. Deseaba tomarla, que el temblor de sus manos desapareciera y sentirse tan bien como sólo se sentía al tomarla. Era una lucha estúpida, una lucha que la privaba del placer. Un escalofrío recorrió su cuerpo. No iba a poder negarse toda la vida, no era tan fuerte...

Abrió la boca e intentó articular palabra. Pero, de repente, vio a sus abuelos caminando hacia el mercado.

—¿No me has entendido? Te he dicho que se acabó. Adiós —se dio media vuelta temblando y se dirigió hacia sus abuelos. Tenía el estómago encogido y los nervios de punta.

—Ya volverás —sentenció Samuel con una mueca de desprecio mientras Irina se alejaba.

Esta vez lo había evitado. Pero Irina se había dado cuenta de que el camino que acababa de emprender iba a ser duro y muy doloroso, y que iba a necesitar una fuerza que no sabía de dónde iba a sacar.

Llegó a su casa algo más calmada. Tenía muchas ganas de pasar la tarde en casa junto a sus abuelos, quizá viendo los álbumes de fotos que su abuela guardaba con tanto cariño. Toda una vida de recuerdos en aquellas fotos, una vida que Irina quería volver a sentir cerca, aunque fuera tan sólo a través de fotografías.

La tarde pasó despacio, pero con una lentitud dulce y deseada. La joven recordó junto a sus abuelos mil anécdotas del pasado, mil recuerdos de una infancia que quedaba ya muy lejos.

Irina se acostó feliz aquella noche. Pero era consciente de que los días de paz de los que estaba disfrutando eran un oasis en

el camino, un paréntesis para tomar fuerzas y reanudarlo de nuevo. Estaba asustada, pero firmemente decidida.

Se levantó muy temprano al día siguiente y fue a comprar chocolate y churros. Quería darles una sorpresa a sus abuelos, que tan bien se habían portado con ella. Y aunque no quería reconocerlo, era también su despedida.

—Bueno, y los churros sólo han sido la primera parte, os invito a comer fuera. Así que poneros vuestras mejores galas, ¿de acuerdo? —dijo Irina entre risas.

Sus abuelos la sonrieron, pero sin poder evitar la sombra que se había instalado en sus miradas. Sabían que su nieta se marcharía pronto.

Había anochecido. Irina y sus abuelos estaban sentados en la terraza de una heladería.

—Vas a echar de menos los helados de aquí, con lo que te gustan —dijo Matilde.

La joven miró a sus abuelos sorprendida. No esperaba que ellos hubieran notado que su marcha iba a ser tan inminente.

—Voy a echar de menos tantas cosas, abuela... —respondió Irina cogiendo la mano de Matilde y apretando los labios con fuerza.

Aquella noche empezó a hacer la maleta. Ya no tenía sentido seguir alargando la partida. Había ido a Guadix buscando un refugio donde tomar fuerzas, y ya las había tomado. Ahora debía continuar sola, aunque no sabía adónde ir. No tenía dinero, y la única persona a la que había pedido ayuda,



parecía haberle dado la espalda. No se lo reprochaba, pero había confiado en que le tendiera su mano una vez más. Sin embargo, aquella misma noche el teléfono sonó.

—¿Quién es? —preguntó Irina al descolgar.

—Hola. Siento haber tardado tanto en responderte, he tenido que pensarlo mucho. Pero aquí tienes tu casa, Irina. Y me tienes para lo que necesites. Aquí puedes empezar de nuevo, yo te voy a ayudar. En Roma estarás bien, alejada de todo aquello... No te imaginas lo bonito que es esto...

—Gracias, hermana... —ijo Irina entre lágrimas.

—Te espero, Iri. Cuando tengas el billete avísame. Iré a buscarte al aeropuerto. Un beso.

—Un beso.

No estaba tan sola como creía. Su hermana una vez más la había ayudado. Sí, iría a Roma, y allí empezaría de nuevo. Junto a ella todo iba a ser más fácil.

Aquella noche durmió tranquila. Ya no sentía vértigo al pensar en su futuro. Todo parecía más fácil desde la llamada de su hermana.

Muy temprano, cuando aún ni siquiera sus abuelos se habían levantado, Irina terminó de hacer el equipaje. Ya había reservado el billete, saldría para Roma esa misma noche. Su abuela entró en la habitación cuando cerraba la última maleta. Miró a su nieta, pero no dijo nada. No hacía falta. Sólo sonrió y asintió, y aunque se vislumbraba una ligera brizna de tristeza en sus ojos, se la veía feliz.

El desayuno transcurrió en silencio. Pero no en un silencio denso y pesado, sino en uno en el que sobraban las palabras porque estaba todo dicho. Terminaron de recoger e Irina se dispuso a marcharse.

—Han sido unos días maravillosos —dijo con toda sinceridad—. Ojalá pueda volver pronto.

Su abuela por toda respuesta la abrazó. Fue un abrazo largo, que parecía no querer acabar. Al separarse, Irina se acercó a su abuelo y le rodeó con sus brazos. Las lágrimas se amontonaban en sus ojos, y aunque Irina las intentaba retener, pronto comenzaron a resbalar por sus mejillas.

—Os llamaré en cuanto llegue, y no os preocupéis por mí, porque estaré bien. Andrea cuidará de mí.

—No te preocupes, hija, que esta vez las cosas van a salirte bien. Se acabó todo lo malo, créeme, ahora te toca vivir lo bueno. Todos nos merecemos volver a empezar cuando nos hemos equivocado.

Irina miró muy sorprendida a su abuela. Aquella mujer de pocas palabras sabía mucho más de lo que quería aparentar. Su abuelo asentía tras ella. Ellos se habían comportado con ella como siempre había soñado Irina, queriéndola sin juzgarla. Y por eso era feliz.

Salió de la casa dirección a la estación de autobuses. Volvió a pasar por el mercado de abastos, y de nuevo, como cuando llegó, le embriagó el olor a melocotón. Compró unos cuantos para el viaje, como si en esa fruta se llevara una parte de aquellas tierras y fueran el recuerdo de lo que una vez fue su vida.

Irina sonrió. Mordió un melocotón y dejó que el jugo se expandiera por su boca. Ya no huiría más, ya no tendría miedo. Todos los golpes que la vida le había dado le habían hecho más fuerte. Ya nada ni nadie iban a poder con ella. Porque era feliz y sabía que tenía todo una vida por delante esperándola para que ella la disfrutara sin tener que mirar a atrás.

Lourdes Borrás Reyes

MERCADO DE ABASTOS DE GUADIX. GRANADA



El Mercado de Abastos de Guadix está ubicado en la calle Doctor Joaquín Tena Sicilia, en una zona céntrica del municipio. Se construyó a principios del siglo XX, y ha tenido dos reformas, una en los años cincuenta y otra más reciente. Es un edificio en hierro, de estilo modernista, que consta de tres plantas, en las que se distribuyen 36 comercios. En la primera planta se encuentran las fruterías, ocho en total. En la segunda hay diez carnicerías, tres pollerías, una charcutería y un puesto de afilado de cuchillos. Y en la tercera están situadas las trece pescaderías, de las cuales sólo abren diariamente cuatro o cinco, debido a la competencia de las grandes superficies.